

GALICISMOS Y SU FUNCIÓN LITERARIA EN «FORTUNATA Y JACINTA» DE B. PÉREZ GALDÓS: UN TÉRMINO HISTÓRICO, VARIOS DE TEJIDOS Y ALGUNO MÁS

LUIS LÓPEZ JIMÉNEZ

Universidad Complutense

*A Carmen y Julián Ávila,
fieles galdosistas*

Aunque la novela es larga, muy cerca de ochenta galicismos, más las repeticiones, sobre todo la del galicismo semántico en sentido figurado «Delfín» —más de cincuenta veces—, hace sobrepasar con creces el centenar, lo que es un número nada despreciable, al que se suma la veintena pasada de repeticiones de «Delfina». En cualquier caso, plantea la actitud de Pérez Galdós como autor ante esa particularidad lingüística.

La cuestión se ha tratado generalmente agrupando a los escritores en puristas y no puristas, o galicistas en su caso. Creo que es un error porque ningún gran escritor puede ser purista, y los no puristas pueden ser, por esa condición, escritores detestables. El *quid* está en saber cuándo se puede, o se debe, ser lo uno o lo otro.

No creo que extrañe mucho, aunque sea inusual, utilizar la expresión «galicismo semántico» para designar aquellos términos referentes específicamente a la francofonía y a su civilización propia y característica, cuya etimología no procede del francés directamente; por supuesto, los galicismos etimológicos normalmente lo son también semánticos y los damos como tales, si no advertimos nada en contra. La palabra «Delfín», de origen latino como el francés, es un galicismo semántico porque designa el título oficial del hijo del rey de Francia. B. Pérez Galdós se lo aplica a Juanito Santa Cruz para, de forma metonímica, recordar una y otra vez que se trata de un «señorito» singular —personaje característico de la época naturalista española— por equiparar retóricamente sus privilegios a los de la realeza. Dado el comportamiento vital de Juanito y sus cualidades, no se muestra su creador muy monárquico en este caso, aunque el hecho de emplear un término de uso propiamente de la monarquía francesa suaviza mucho la intención (piénsese que lo hubiera llamado Príncipe de Asturias, su equivalente en España).

La novela tiene como fondo un gran fresco de Madrid a partir de mediados del siglo XIX hasta los años ochenta. El matrimonio Juanito-Jacinta desciende de dos ramas de comerciantes madrileños de tejidos, quienes forman con su entorno humano, a pesar de su individualización, un vago antecedente de personaje colectivo de Madrid. La actividad mercantil de ambas familias nucleares justifica cumplidamente que haya en la novela una variada representación de léxico textil, y derivado de él, que domina la novela en número de galicismos diferentes. Advirtamos que estos galicismos no se repiten más que excepcionalmente y suelen ser presentados en grupo. Limitándonos a los tejidos en una primera enumeración, tenemos:

«No sólo realizó contratos con las fábricas de Béjar y Alcoy, para dar salida a los productos nacionales, sino que introdujo los famosos Sedanes para levitas y las telas que tanto se usaron del 45 al 55, aquellos patencures, anascotes, cúbicas y chinchillas que ilustran la gloriosa historia de la sastrería moderna» (p. 18), O.C., Aguilar, t. V, 1967.

El «sedán» es un paño que tomó el nombre de la ciudad francesa donde se fabricaba, célebre por haber capitulado en ella Napoleón III. Lo fecha en 1835 en francés el *Grand Robert*, lo que indica que era relativa novedad cuando lo importó don Baldomero Santa Cruz, cuyo patriotismo destaca Pérez Galdós, como no podía ser menos en él, porque también da trabajo a las fábricas de Béjar y Alcoy. El «patencure» no está registrado en los grandes diccionarios franceses consultados ni en los españoles; tampoco lo hemos visto en inglés. «Anascote» está incluido en el Corominas-Pascual, y parece un término asimilado totalmente, pues se registra en 1527, tomado del francés antiguo; el hecho de que no aparezca en los diccionarios franceses modernos, hace pensar que no sobrevivió en francés, porque el *Diccionario Reyes* lo traduce por «serge de laine», sarga de lana o paño ligero de seda. «Cúbica», tela de lana basta, es registrada en 1843, por Corominas-Pascual, es decir, contemporánea de la acción de *Fortunata y Jacinta*, pero no lo da como galicismo, y en efecto, no figura en el *Grand Robert* ni en el *Trésor de la langue française*. La palabra «chinchilla» es española; en el ejemplo dado debe de referirse a un paño formado por la apreciada piel de esos roedores suramericanos: la palabra designando el animal se da entrada en francés en 1611 del español, donde se registra en 1592.

El ejemplo propuesto constituye una enumeración homogénea y, en definitiva, profesional, de paños para sastrería. El lector es informado con alguna amplitud (cinco ejemplos) y precisión técnica (la poca difusión de «patencure» es una prueba) y actual (el «sedán» es relativamente moderno y la «cúbica» es contemporánea). A mi modo de ver la época naturalista española, se trata de un principio lingüístico, bien asimilado, del naturalismo de Zola: precisión, tecnicismos, contemporaneidad y un didactismo latente.

Algunas páginas adelante, nos encontramos con otra enumeración de parecidas características; se refiere al negocio del matrimonio Arnáiz-Cordero, padres de Jacinta, comerciantes en los que destaca la esposa Isabel, homenaje de Pérez Galdós, uno más, a la capacidad de la mujer para los negocios:

«Este Madrid que entonces era futuro, se le presentó [a Isabel Cordero] con

visiones de camisas limpias en todas las clases, de mujeres ya acostumbradas a mudarse todos los días, y de señores que eran la misma pulcritud. De aquí nació la idea de dedicar la casa al género blanco. Ayudado por don Baldomero y Arnáiz, Gumersindo empezó a traer batistas finísimas de Inglaterra, holandas y escocias, irlandas y madapolanes, *nansouk* y cretonas de Alsacia...» Complemento de este negocio en *blanco* fueron la damasquería gruesa, los cutíes para colchones y la mantelería de Courtray...» (p. 31).

Por el nombre mismo de varias de las telas importadas se ve que su origen, al menos, estaba relacionado con distintos países: holandas, escocias, irlandas, madapolanes (Madapolam, ciudad india), Courtray (ciudad de Bélgica). «Batista», aunque fabricada en Inglaterra, es galicismo, del nombre del fabricante, Baptiste, datada por Corominas-Pascual en 1782. *Nansouk* es la forma francesa del anglicismo «nainsook» (procedente de la India) tomado en español en 1832 como «nansú», verosíblemente a través del francés más que directamente del inglés, por la mayor influencia en nuestra lengua del francés, en este como en otros casos, intermediaria. «Cretona» procede del francés «cretonne» (del pueblo francés Creton, fabricante del tejido) y se registra en español en 1884 (Corominas-Pascual), fecha muy próxima a la publicación de *Fortunata y Jacinta*. «Damasquería», palabra ausente de los grandes diccionarios españoles, procede de «Damasco». «Cutí» es galicismo (de «coutil») (Corominas-Pascual, 1843).

Pérez Galdós extiende su liberalidad a todo tipo de extranjerismos que vinieran bien a sus necesidades expresivas; en la cita propuesta, para dar idea cumplida de la importación de tejidos de todo el mundo. De esa manera refleja también la presencia predominante de los galicismos, términos de productos prestigiados en España.

El resto de los galicismos concernientes a tejidos aparecen aislados y se repiten muy raramente. «Tul» es empleado en sentido figurado, metafórico, como velo que cubre las crudezas de la confesión de Fortunata a Maximiliano, su futuro marido:

«—Cállate, hazme el favor de callarte— le dijo [Maximiliano], pensando que según iba saliendo la historia, necesitaba lo menos una pieza de tul» (p. 176).

La palabra tiene el nombre de la ciudad francesa de Tulle, donde se fabricó ese tejido por primera vez (1765) y se denominó «point de Tulle». Pasó al español (Corominas-Pascual, 1884) y debió su éxito, y de ahí mantener su nombre, a lo apropiado que es ese tejido para fabricar velos. Por eso, Pérez Galdós no duda en emplear metafóricamente galicismo tan expresivo para cubrir las faltas morales de Fortunata: el profundo patriotismo del autor no le convertía, pues, en purista estrecho de la lengua.

Los galicismos «cretona», ya citado, y «satén» aparecen unidos:

...enseñaban a Barbarita, a más de las cretonas, unos satenes de algodón floreado que eran la gran novedad del día...» (p. 74).

El emparejamiento de los dos galicismos es normal porque se trata de dos «novedades»: para «cretona» hemos señalado 1884, poco antes de publicarse *Fortunata y Jacinta*, y

«satén» hacia 1890 en Corominas-Pascual, fecha que hay que retrotraer a 1886 por haberla empleado Pérez Galdós en la primera parte de nuestra novela. Aunque Corominas-Pascual lo dan como galicismo, es muy verosímil que inicialmente, como afirma el Grand Robert, sea en francés un hispanismo del s. XIV, «cetuni», del árabe «zetuni», tela de seda de la ciudad china de Tsia-Toung; de ahí nació «satin», y perdido el español «cetuni», renació con la forma francesa en el siglo XIX, por lo que propiamente es un hispanogalicismo, tras su origen chino y su paso por el árabe.

«Novedades» debió de ser un galicismo semántico de la época, traducción de «nouveauautés», a tenor del uso que hace Pérez Galdós:

«¿Qué corrientes seguirían? La más marcada era la de las *novedades*, la de la influencia de la fabricación francesa y belga, en virtud de los grises del Norte, invadiendo, conquistando y anulando nuestro ser colorista y romancesco» (p. 30).

Parece indica el galicismo la bastardilla de «novedades», relacionada, además, con la «influencia francesa». Es evidente que la moda venía de Francia y con ella la designación, en general, de sus productos.

La variedad de telas procedentes de Francia con su propio nombre, más o menos adaptado, se completa con «franela» (Corominas-Pascual, utilizada por Bretón de los Herberos, 1796-1873) del inglés «flannel», de donde pasó al francés (1650), y se puede aventurar que por razón de mayor vecindad con España sea un anglogalicismo no un anglicismo directo; y, por último, «tartán», (Corominas-Pascual, utilizado por Fernán Caballero, 1796-1876), que acaso está en las mismas circunstancias que el anterior, pues pasó del inglés al francés en 1792 y quizá después de éste al español.

Veamos su empleo en la novela. Entre las dádivas de Jacinta a los convecinos del hijo ilegítimo de Juanito Santa Cruz y Fortunata figura, destinado a la «la señá Encarnación, un aquel de franela para la reuma...» (p. 119), destacando así la sensibilidad de la caridad de Jacinta por regalar una tela apropiada para una reumática.

El «tartán» es la tela escocesa. Forma parte de la vestimenta de Mauricia la Dura:

«Traía Mauricia un manto nuevo, y a la cabeza un pañuelo de seda de franjas azul turquí y rojo vivo, delantal de cuadritos y falda de tartán...» (p. 263).

Sirve esta tela vistosa para completar el aspecto llamativo de Mauricia, bien arreglada —manto, pañuelo de seda...—, pero popularmente por la indumentaria tradicional, desechada en otras clases por las modas de París, y por los colores vivos.

Como el espacio que queda es breve, me limitaré sólo a tratar de algunos galicismos más —confecciones, etc.— en *Fortunata y Jacinta* que o no han sido registrados o no han sido fechados o lo han sido con fecha posterior.

Entre las confecciones, «trousseau» ha sido incluido por María Moliner con la forma españolizada «trusó» en su *Diccionario*, una de las obras más señeras de la lexicografía española; el ejemplo de Pérez Galdós debe de ser de los primeros; actualmente está muy en desuso:

«Mi hija —añadió la viuda de Samaniego— estará encargada de la dirección de los *trousseaux*, canastillas de bautizo y demás género elegante, y tendrá sueldo y participación en los beneficios» (p. 390).

La activa y emprendedora viuda de Samaniego es un ejemplo más de las mujeres que gusta sacar Pérez Galdós en sus novelas con deseo de reivindicar las capacidades laborales de la mujer, en general, con un gran sentido del feminismo. De ahí que la madre coloque a la hija en un futuro trabajo de «dirección», en el que tendrá consecuentemente «participación en los beneficios», hecho más bien raro en aquellos tiempos para la mujer. Está clarísimo que el autor emplea la palabra francesa en vez de la española «ajuar», subrayando aquélla seguramente también por su novedad en el español, para insistir que se trata de ofrecer a su hija trabajo en materias propias de un rango social selecto, «género elegante», con sus palabras, y para ello era y sigue siendo el francés vehículo adecuado.

«Crinolina», de «crinoline», está fechada en francés en 1856, con el sentido de la falda «miriñaque»; por lo tanto, era muy reciente, y Pérez Galdós uno de los primeros en utilizarla; aún nos informa que en francés se conocía también con el nombre de «Malakoff» (p. 31), apellido por cierto del conflictivo marido de Sofía Valera, avecindada en París, hermana del escritor.

Del término «fichu» no conozco en el español de entonces más que el testimonio escrito de nuestro autor; refiriéndose a Barbarita, madre complaciente de Juanito Santa Cruz, dice:

«Sus hermanitas solteras también recibían de ella frecuentes dádivas; ya los sombreritos de moda, ya el *fichu* o la manteleta, y hasta vestidos completos acabados de venir de París» (p. 69).

Esta forma absolutamente francesa de pañuelo de adorno para la cabeza o el cuello femeninos debía de ser bastante nuevo en un texto literario español, por ser moda parisense y por estar en letra cursiva. Hoy para prenda semejante se puede oír «fular», hispanización del «foulard» francés.

En la confección masculina, *Fortunata y Jacinta* también incluye algunos galicismos, como la palabra «chaqué», idéntica al francés, que Corominas-Pascual registran en español como del siglo XX, prenda de uso especial de Maximiliano, futuro marido de Fortunata.

En otras áreas semánticas, encontramos algún caso semejante. «Champaña» (Corominas-Pascual, 1910) es empleado catorce años antes en *Fortunata y Jacinta* como bebida de una boda (p. 58), es decir, un día especial; y el popularísimo «coñac» (Corominas-Pascual, 1914) lo utiliza Pérez Galdós como remedio casero con té para los resfriados:

«Cuando fue al cuarto del *Delfín*, Barbarita le hacía tomar a éste un tazón de té con coñac» (p. 129).

Doy fin a esta relación con dos términos culinarios: «champiñón» y «croqueta», ambos asimilados e incluidos en el María Moliner (1986); la primera no figura en Corominas-Pascual. El primero está en francés, «champignons» (p. 74), en la novela y con letra bastardilla; aunque todo ello subraya su origen francés, revela que aún no estaba totalmente

asimilado en español. El término «croqueta» sí parece más asimilado porque lo pone en labios de Fortunata, mujer del pueblo e inculta, e incluso en diminutivo, «croquetita» (p. 368), habitual de la lengua coloquial madrileña; de todas formas, Corominas-Pascual lo fechan en 1884, del francés «croquette», es decir contemporáneo a la acción de *Fortunata y Jacinta*.

Todo lo anterior no es más que una parte del estudio de los galicismos en *Fortunata y Jacinta*. Al relativamente elevado número de ellos indicado, hay que añadir que pueden distribuirse en cerca de treinta categorías, lo que indica la amplia variedad. En resumen, nos confirma esta novela que B. Pérez Galdós no es rigurosamente purista ni galicista: emplea la lengua de la actualidad, coloquial, sin descender a los bajos fondos, pero sin desechar el término de argot oportuno; cuidada en sus momentos, sin remontarse a elevados refinamientos. Y en cuanto a galicismos, digamos en general que no los rehuye, sobre todo los léxicos (de los sintácticos no se podría decir lo mismo), siempre que tengan una finalidad expresiva propia del desarrollo de la novela, según he intentado demostrar: como extremos de una variada gama, podemos decir que en un polo aparecen los tecnicismos de variadas materias y en el otro el empleo figurado poético (metafórico, etc.).

En definitiva, creo que el estudio de la función literaria de los empréstitos tiene claro interés y contribuye al conocimiento de la obra y a la historia semántica de la lengua. Además, en mi modesta opinión, es un capítulo inédito aún de la Literatura Comparada.¹

¹ El galicismo «bilboquet» de *Fortunata y Jacinta* ha sido abordado por su función literaria e intertextualidad, muy sugerentemente, en *Cómo se analiza una novela* (Alhambra, 1983, p. 156), de Javier del Prado.